



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

ACTIVIDAD PROFESIONAL Y DEDICACION A LA FAMILIA

Aquilino Polaino-Lorente
Catedrático de Psicopatología
Universidad Complutense. Madrid.

Introducción

La vida humana no se da de una vez por todas, sino que se realiza en el tiempo. Y en ese transcurso que es la vida se atraviesan diversas etapas evolutivas que, no siendo isomórficas, quedan parcialmente calificadas en función de cuáles sean esas peculiares características evolutivas que distinguen a unas de otras.

Hoy no cabe duda de que estas etapas o ciclos de la vida constituyen una realidad insoslayable. Un niño de cinco años se comporta de modo muy diferente a como lo hace un adolescente, un hombre joven, una persona madura o un anciano. Cada etapa evolutiva tiene sus peculiaridades como, por otra parte, ha puesto de manifiesto hasta la saciedad la psicología evolutiva.

Un amigo mío, psiquiatra, distingue con cierto humor estos ciclos de la vida afirmando que desde el nacimiento a los veinte años toda persona es esquizofrénica; de los veinte a los treinta, psicópata; de los treinta a los cuarenta, depresivo; de los cuarenta a los cincuenta, neurótico, y sólo a partir de los cincuenta es cuando se comienza a ser normal. Dejando a un lado la anécdota –cuyo contenido, naturalmente, yo no comparto, aunque tenga algo de razón–, es preciso afirmar que aun con ser la *edad* una variable muy importante hay, sin embargo, muchas más variables que ésta a la hora de explicar en qué consisten estos ciclos de la vida.

Una de ellas es, por ejemplo, las *diferencias de género*. Esto quiere decir que el hombre y la mujer se comportan de modo diferente, sin que ninguno de esos comportamientos, en sí mismos considerados, sean superiores o inferiores; sencillamente, son diferentes, como han puesto de manifiesto la neuropsicología y la psicología diferencial.

A lo largo de la vida, la mujer cambia, y esos cambios son un poco diferentes a los del varón. La niña suele madurar antes que el niño; tam-

bién su rendimiento en el aprendizaje, sobre todo en edades tempranas, suele ser superior al del varón. En este punto cabría denunciar un cierto agravio comparativo respecto del varón. En efecto, las chicas suelen obtener a esas edades mejores calificaciones que los varones, lo que condiciona una cierta superioridad en sus *curricula* y lo que esto puede suponer respecto de su futura trayectoria profesional (acceso a puestos de trabajo, obtención de becas para su formación, ayudas a la investigación, etc.). La mujer, en esta etapa de su formación –hasta los treinta años–, suele rendir más que el varón. Y es que desde la perspectiva psicobiológica, tanto el desarrollo como el crecimiento son diferentes en ambos, por lo que puede afirmarse que, en cierto sentido, la mujer madura antes que el varón.

Algo similar acontece en el ámbito de la *afectividad*. Mientras que un chico es todavía ignorante respecto de lo que sea o no el amor –porque todavía ni siquiera se lo ha planteado–, la chica ha ido y ha vuelto ya cien veces: a los doce años dice haberse enamorado de Julio Iglesias, y al año siguiente de otro, y así sucesivamente, de manera que a los dieciocho años tiene muchos más recursos que el varón, independientemente de que todos esos “enamoramientos” por los que dice haber pasado sean fingidos o no. Esta etapa es muy importante por lo que tiene de entrenamiento y porque, en cierto modo, predice cuál será el futuro comportamiento de uno y otra.

El rendimiento del varón y de la mujer se igualan al llegar a la madurez. Más tarde, a los cuarenta años, el hombre rinde profesionalmente más que la mujer; ésta deviene entonces menos competitiva en su ámbito laboral, sea porque dedica mayor atención al hogar y se desentiende un poco de su trabajo, sea porque le satisfacen más otros objetivos extraprofesionales o porque tal vez experimente una cierta nostalgia del hogar y la maternidad, sobre todo si a esa edad no ha tenido ningún hijo. Esta pequeña circunstancia inevitablemente se hará sentir tanto en el ámbito familiar como en el laboral.

Nada de particular tiene que las *trayectorias profesionales* sean diferentes en la mujer y en el varón. Un hecho indiscutible es que la mujer se ha incorporado al mundo del trabajo. Algunos autores sostienen, por ejemplo, que el aumento del paro no puede explicarse sin apelar a este hecho sociológico. Esas trayectorias profesionales del marido y la mujer –cualquiera que ellas sean– dejan sentir su peso también sobre la vida y la dinámica de la familia y, en ocasiones, sobre el rendimiento de cada cónyuge en la empresa.

Lo mismo acontece con los denominados *estilos profesionales*. El estilo profesional se diferencia mucho en la mujer y el varón. El estilo de dirección tiene mucho que ver con lo masculino y femenino. Hay una

tendencia actual al alza a considerar lo que la mujer aporta a la empresa como hecho diferencial respecto del varón. A lo que parece, sin embargo, los resultados encontrados por diversos autores correlacionan más con el propio género del investigador que con los datos empíricos por ellos obtenidos. Esto quiere decir que las investigaciones conducidas por mujeres tienden a maximizar los resultados obtenidos –o atribuidos– a la mujer, y viceversa. Por eso, parece necesario realizar estudios más minuciosos y menos sesgados por el propio género sobre este particular. De lo contrario, será difícil conocer qué es lo que aporta uno u otra a la empresa, así como determinar cuál es el perfil característico de cada uno de ellos, de manera que se optimicen sus resultados, se reduzcan los costes y se eviten los conflictos.

Sin duda alguna, la incorporación de la mujer a la empresa está cambiando el clima y hasta la misma cultura empresarial. El comportamiento varía mucho de unos a otros varones. Hay hombres que se duelen cuando una mujer les manda. Pero también hay hombres a los que les encanta ser mandados por una mujer. Son éstas cuestiones novedosas, todavía poco estudiadas, y sobre las que es muy escasa la bibliografía disponible. Algo parecido acontece cuando este problema se estudia en el ámbito de lo conyugal y familiar, cuando ambos cónyuges trabajan. En ese caso, los problemas pueden radicalizarse si ambos trabajan en el mismo sector o empresa, o si se establece entre ellos una cierta rivalidad respecto del logro conseguido. Los ciclos de la vida y las etapas de la vida profesional, como estamos observando, median las relaciones entre el trabajador y la empresa, además de entre los cónyuges.

El matrimonio es cosa de dos y, además, de dos que son diferentes, en tanto que hombre y mujer. Pero la *familia* en cuanto tal también es afectada por estos ciclos de la vida. Más aún, la familia en cuanto institución puede y debe atribuírsele una vida propia que también resulta alcanzada por los ciclos de la vida y por las etapas de la vida profesional. A estas cuestiones se está dedicando una extraordinaria atención en la actual bibliografía científica por la mayor parte de los investigadores en terapia familiar, psicopatología y psicología de la familia, etc.

La institución familiar tampoco es isomórfica en el tiempo. La familia pasa también por etapas muy diversas, en las que de alguna forma se reflejan las etapas por las que desfilan los miembros que la integran. Este es el caso, por ejemplo, del así llamado *período de adaptación* a la vida matrimonial. Casarse supone un grave compromiso que conlleva ciertas e importantes transformaciones a las que hombres y mujeres han de adaptarse. El primer año de la vida matrimonial es de vital importancia, por cuanto que con frecuencia condiciona el futuro de la vida conyugal. Los preámbulos de esa nueva vida que se inicia son casi siem-

pre fatales, sobre todo en países de cultura mediterránea, por lo que la boda significa de situación estresante y hasta conflictiva (búsqueda e instalación de la vivienda, ayuda de los progenitores, ajuar que aportan los novios, lugar de la ceremonia, lista de invitados, etc.).

Esta etapa de total estresamiento constituye en muchos casos la peor preparación para el establecimiento y articulación de las primeras experiencias matrimoniales. A esto se añade el esfuerzo adaptativo que ambos cónyuges han de realizar como una natural exigencia de la vida en común, la nostalgia que la mujer suele experimentar respecto del hogar de sus padres, la escasez de recursos económicos y las exigencias profesionales a que uno o ambos se ven sometidos, etc. Es éste un período adaptativo, complejo y difícil, al que debiera dedicarse una mayor atención en el ámbito de la empresa, simultáneamente que se modifican ciertos hábitos culturales que en absoluto ayudan a la felicidad de los nuevos cónyuges.

La psicohistoria de cualquier familia está repleta de hitos relevantes –por pequeños que fueren– que contribuyeron a su configuración. Muchos de ellos se ensamblan dando lugar a un determinado ciclo de la vida; otros, en cambio, no. Todos ellos, sin embargo, rebasando el íntimo marco familiar generan consecuencias que de una u otra forma afectan a la vida profesional. Por mencionar sólo algunos, repárese, por ejemplo, en el nacimiento del primer hijo o/y de los siguientes, el reajuste de funciones dentro del matrimonio, la adopción –cuando no se tienen hijos–, la atención y el cuidado de los abuelos, la tensión que se origina respecto del poder entre las dos familias de las cuales proceden marido y mujer, y la sumergida/manifestada lucha por el poder de los mismos cónyuges (quién decide las amistades de uno u otra con las que continuarán relacionándose; quién decide cuándo y adónde van de vacaciones; quién fija los criterios por los que regirse en los presupuestos, ingresos y gastos económicos; quién llevará la contabilidad; quién decide cómo se programan y reparten las actividades de ocio, establecimiento y cambios de roles dentro del matrimonio, etc.). A ello habría que añadir las vicisitudes naturales por las que atraviesa en el tiempo toda vida conyugal y familiar.

A la asunción de la *maternidad* y de la *paternidad* se le está dando en la actualidad un gran énfasis en la literatura norteamericana. No se entiende bien –desde la perspectiva psicológica– por qué la llegada de un hijo ha de suponer una tan especial transformación en la vida del hombre y la mujer. Otra cosa muy diferente es que se concedan permisos por “paternidad” o que se incrementen los días de descanso concedidos por “maternidad”, pues de seguro que ello ha de contribuir a establecer un mejor equilibrio familia/trabajo y, a su través, mejorar la felicidad familiar.

Años atrás, sin embargo, a la asunción de esa importante función y rol de la maternidad y paternidad apenas si se dedicaba atención, probablemente porque había una percepción social de ella distinta, como si fuese una cosa natural y de ordinaria administración. Hoy, por el contrario, se considera casi un “trauma” el hecho de tener un hijo. Poco sabemos, no obstante, si esos permisos contribuyen o no a mejorar tal asunción –esta cuestión habría que evaluarla–, aunque sí parece comprobado que posibilitan una disminución del estrés familiar. Pero esas medidas, qué duda cabe, se reflejan obviamente en la vida de la empresa.

Los *cambios de residencia* y los *viajes de trabajo* son variables decisivas en la vida familiar y profesional que deben tenerse en cuenta. Del problema de la *enfermedad* apenas se han ocupado los investigadores, a pesar de su frecuencia y de que constituya un hecho biográfico y familiar del todo natural. Lo mismo acontece con la *viudedad*, la *separación*, etc. Esto supone que la necesaria *armonía familia/trabajo* todavía hoy no ha sido bien estudiada, a pesar de que sean los retos principales –así como la relación que hay entre ellas– en donde el hombre y la mujer se juegan su felicidad personal, además de su mayor o menor rendimiento profesional.

La empresa y la familia: tensiones y conflictos más frecuentes

En las líneas que siguen me ocuparé de algunas fuentes de tensiones que pueden generar o no, según los casos, graves conflictos familiares: la tensión entre la identidad, la adaptación y la estabilidad conyugal y familiar; la adaptación de la familia a los cambios que en su seno introducen las exigencias de la empresa, y viceversa; la tensión entre los roles profesionales y los roles de género; y la tensión entre la disponibilidad profesional y la dedicación a la educación de los hijos.

Identidad, adaptación y estabilidad conyugal y familiar

Casi siempre que hay una nueva situación profesional a la que adaptarse, sufre la identidad personal o se origina entre aquélla y ésta ciertas tensiones. Por otra parte, la identidad y la estabilidad conyugal y familiar están fuertemente implicadas.

Ciertamente, hoy se confunde éxito y eficacia, a pesar de ser conceptos muy diferentes. El hombre es, pero no está hecho. Y para hacerse a sí mismo ha de elegir. Por eso precisa ser libre. La libertad es la condi-

ción de la posibilidad de que el hombre pueda hacerse a sí mismo. Y haciéndose a sí mismo, cambiar el mundo. Y esto es un derecho y una responsabilidad que cada hombre, por el hecho de serlo, ha contraído consigo mismo. Un derecho/deber que no es renunciable y ni siquiera negociable. Por eso, en contra de lo que otros puedan opinar, sostengo que el hombre tiene que realizarse (auto-realizarse) como persona.

Ahora bien, el proceso auto-realizador y la misma auto-realización pueden transformarse y devenir en una neurosis. Esto es lo que acontece cuando privilegiamos o priorizamos valores, que son antinaturales o entran en conflicto, arruinando la armonía del balance que debe existir entre el contexto familiar y el profesional.

Esta neurosis del éxito se da hoy mucho, tanto en el varón como en la mujer. En otras ocasiones, puede aparecer simultáneamente en los dos cónyuges, sobre todo en las edades tempranas, antes de los treinta y cinco años, que es cuando el ritmo impuesto por la autoexigencia de coronar el éxito profesional es más acentuado. En esas circunstancias puede estallar entre los cónyuges un conflicto muy difícil de resolver, ya que entonces lo que se suscita en cada uno de ellos no es tanto la admiración por el/la otro/a, sino la búsqueda de poder y la admiración únicamente hacia sí mismo. Y claro, esto destroza la vida familiar y profesional y, a través de éstas, acaba por incidir también en los resultados de la empresa. Precisamente por eso es por lo que la empresa debe prestar atención, en el marco de lo posible, a la vida familiar de los que en ella trabajan. No se sostiene aquí que sea obligación de la empresa hacer un *screening* exploratorio del ámbito familiar y privado de sus empleados, sino sencillamente que es conveniente prestar también atención a esa parcela.

Por encima y más allá de todos los éxitos profesionales que puedan obtenerse, la vida plena, la plenitud de la vida consiste en la búsqueda y conquista de la felicidad. Una empresa sirve si contribuye a hacer felices a los que en ella trabajan. ¡Y eso debiera también ser incluido en la cuenta de resultados! Obtener un buen resultado en felicidad personal es tan importante o más que lograr un buen resultado económico. De hecho, este segundo está subsumido en el primero, y a él subordinado. Pero no se olvide que esos resultados dependen a su vez de la familia, pues ¿cómo podría ser feliz alguien, por muy bien que le fuera en el trabajo, si en su vida familiar es un desgraciado?

Cuando a un empresario le va mal en su vida familiar, antes o después eso incidirá en su vida profesional. Es posible que el hombre pueda disimularlo mejor, porque el varón es más "esquizofrenógeno" que la mujer, y puede comportarse como un buen profesional, aunque su vida familiar esté rota. Pero también en él, su dedicación y rendimiento

a la empresa van a estar mediados por la felicidad que pueda alcanzar en su hogar.

En la mujer, en cambio, eso se percibe mucho mejor. La mujer es muy holística, muy globalizadora y, por tanto, si le falla su vida familiar o afectiva ese mismo día lo acusa su rendimiento, sin que haya que esperar al mes siguiente. El hombre, inicialmente, puede camuflar sus problemas o conflictos familiares, pero al cabo de tres meses también se manifiesta en su rendimiento profesional.

Aunque el éxito no coincida con la eficacia ni la felicidad, el hecho es que está articulado con ellos, puesto que constituye un ingrediente más de la auto-realización personal. El trabajo es el más importante procedimiento de que dispone el hombre para realizarse a sí mismo y, a través de él, encarnar unos determinados valores. Lo que habrá que procurar es que en el proceso de adquisición de esos valores, que le hacen valioso, el hombre no se neurotice. Esta es la cuestión a la que debe atender la empresa. Y no se neurotizará si el balance entre el trabajo y la familia es equilibrado, armonioso y estable.

En cierto sentido, el hombre se neurotiza cuando se produce una dislocación en su jerarquía de valores, cuando antepone –siempre y de forma exclusiva– el éxito y la eficacia en su ámbito profesional respecto del familiar, cuando lo que más le importa es el aparecer o la imagen en lugar del ser. En la actualidad estamos en una cultura icónica. Hoy, la cultura de la empresa es más icónica que ontológica. Pero, o hay una cultura ontológica de la empresa, o la empresa no funcionará. Si sustituimos el ser por la imagen –si apenas nos interesamos por otra cosa que por el prestigio del logotipo de la empresa–, al final estaremos haciendo sólo atribuciones e inferencias fantásticas, que dejarán frustrados a los clientes, por poco realistas, y así no se puede funcionar.

La adaptación de la familia a los cambios que en su seno introduce la empresa, y viceversa

La adaptación familiar a la que aquí me estoy refiriendo, no es más que el proceso mediante el cual se sincroniza y se llega a esa sinergia entre el varón y la mujer para compartir una sola meta: la de ser felices. Esa adaptación se puede producir mediante un ajuste grueso o un ajuste fino. La mayor parte de las empresas van bien cuando es bueno el ajuste grueso de la adaptación familiar de sus trabajadores. Cuando ese ajuste grueso no se produce, surge la inadaptación y las tensiones familiares se transforman en conflictos.

Una eficaz medida preventiva consiste en tratar de conseguir ese

Este ejemplo manifiesta bien las tensiones que en ocasiones pueden producirse en la pareja como consecuencia de ciertas actitudes competitivas en los esposos, y determinados enfrentamientos y contraposiciones entre los roles profesionales, familiares y de género (cfr. Etzion, 1988; Wethington, McLeod y Kessler, 1987). La anterior anécdota, aunque no sea muy frecuente, tampoco es excepcional. Muy sintéticamente, les diré lo que pienso. Considero que en este momento hay una guerra de guerrillas entre el hombre y la mujer —a causa de los roles representados por ellos, claro está— que tiene numerosas manifestaciones. Basta con leer la prensa cada día para darse cuenta de ello: amputaciones del miembro viril, que luego se imitan en otras culturas y sociedades; agresividad y lucha titánica por la conquista del poder en la sociedad abierta, en las profesiones, en las empresas, etc. Por este camino, si no se rectifica, llegaremos a una declaración explícita de guerra entre los sexos. Y la consecuencia de ello es que sufrirán muchísimo el varón y la mujer; pero lo que más sufrirá será la propia relación conyugal y la familia.

La tensión entre la disponibilidad profesional y la dedicación a la educación de los hijos

Esta cuestión merece un especial interés. Aunque puede afectar a ambos cónyuges, esta tensión ha sido tradicionalmente más frecuente, a causa del varón. Hay esposos que prefieren comer fuera de casa; que a menudo llegan tarde porque, según dicen, tienen que quedarse a trabajar en la empresa por necesidades del trabajo que realizan (algunos de ellos se quedan en el bar de enfrente con algún compañero mientras se juegan a los dados una consumición); y que, de forma habitual, al llegar a casa no desean que se les plantee ningún problema porque “vienen agotados de la oficina” y sus energías sólo les alcanzan para servirse un whisky y esconderse detrás del periódico arrullados por la televisión, que no escuchan. Por contra, la mujer —que también trabaja fuera de casa y a veces más que el esposo—, aunque también esté cansada, al llegar a casa se cambia de ropa y se pone a preparar la cena, bañar a los niños y ocuparse de los mensajes que hay grabados en el contestador automático. A lo que parece, la mujer está siempre más disponible que el varón (Barling y Van Bart, 1984).

La fenomenología de estos comportamientos es, lógicamente, muy diversa, y puede afirmarse que cada matrimonio se organiza de un modo diferente. Pero por encima y más allá de esas diferencias, el hecho es que la mujer está casi siempre más disponible para educar a los hijos, mientras que el marido sólo parece estar disponible para sus asun-

tos profesionales. Por real decreto no debería el marido mandar/delegar en la mujer, ni ésta en aquel.

Un hecho diferente es que los roles masculino y femenino en el ámbito del matrimonio estén hoy en crisis y probablemente tendrán que cambiar. Esto supone que habrá que llegar a un pacto. Por el momento, ignoro qué aspectos de esos roles deben cambiar —sin que por ello cambie la sustancia del compromiso conyugal— y cuáles no debieran cambiarse, por estar más vinculados a la propia naturaleza de lo masculino, de lo femenino y de la misma esencia del matrimonio. Algunos de los roles existentes en la actualidad son meras atribuciones estereotipadas, que por influjo de las tradiciones culturales se han atribuido a lo masculino o a lo femenino y que, si se modificasen, no sucedería nada. Pero hay otros que si se vulnera o cambia su sentido atribucional, probablemente afecten de forma grave a la familia. Hay, pues, un mundo en ebullición —en ocasiones, sórdido y lacerante— que, a pesar de ciertas modificaciones, habrá que ir asentando en los próximos años.

El problema fundamental que veo aquí es que el varón ha delegado en la mujer, desde tiempo inmemorial, la educación de sus hijos y, en consecuencia, está ausente de casa. Esto es lo que he denominado con el término “síndrome del padre ausente” y los “hijos apátridas” (Polaino-Lorente, 1993), de los que me ocuparé a continuación.

El síndrome del padre ausente y los hijos apátridas

El síndrome del padre ausente puede definirse desde dos posiciones muy diversas: desde la perspectiva de los hijos varones que sufren los efectos de esa ausencia, y desde los padres que en cierto modo son la causa —aunque, en cierta manera, también sufren las consecuencias— de esa privación. Según la primera opción, se entiende aquí por padre ausente el cortejo de privaciones afectivas, cognitivas, físicas y espirituales que al hijo le sobrevienen como consecuencia del vacío que se opera en las relaciones paterno-filiales. Sobre este punto volveré más adelante.

Si tomamos al padre como punto de partida, la ausencia de padre o el padre ausente, designa la falta de dedicación del padre a la educación de los hijos, cualquiera que sea el tiempo presencial que aquel esté en el hogar. Puede suceder que el padre viva en el mismo hogar que sus hijos y que, sin embargo, su comportamiento no sea el apropiado. De padres como éstos hay demasiados ejemplos en la actual sociedad aunque, obviamente, de ellos hay muy diferentes tipologías. No obstante, hay un denominador común en todos ellos: el vacío, la imposibilidad o la ausencia de esa necesaria relación paterno-filial.

Padre ausente es, por ejemplo, el padre que se ha convertido en una huella vestigial, fantasmal casi, dado el escaso tiempo que pasa en casa; el que hace dejación de los deberes que como progenitor tiene; el varón huidizo y pasivo que delega todas sus funciones parentales en la mujer; el padre que no realiza en sí, o incluso rechaza los valores masculinos, mientras idealiza y trata de acomodar su conducta de acuerdo con los valores femeninos sobreestimados y/o requeridos por su mujer.

Padre ausente es también cualquier padre que, estando presente en casa, genera una atmósfera impenetrable en torno a él hasta el punto de obstruir cualquier posibilidad de comunicación con los hijos; el que es incapaz de mostrar y compartir con los hijos las naturales manifestaciones de cariño, ternura o delicadeza; el que se refugia y acoraza en la armadura de sólo la exigencia, el rendimiento, la competitividad y el éxito profesional; el que desarrolla hasta la magnificación la contrahecha caricatura del despotismo viril. Unos por defecto y otros por exceso, son padres que desnaturalizan, en tanto que padres, su propio comportamiento.

Los últimos, porque reprimen su afectividad y frustran la de sus hijos y, anhelando ser admirados, imposibilitan el hecho de poder ser imitados: los primeros, porque embridan tanto su masculinidad que acaban por traicionar las peculiaridades y rasgos propios de su género y, siendo en apariencia tan afectivamente cercanos, dulces y expresivos, no obstante, ofrecen como modelo una masculinidad vacía e ignorada. Ambos, porque se entregan a un narcisismo excesivo en el que son irreconocibles los vestigios del rostro de la paternidad y, en consecuencia, obstruyen las posibilidades de identidad de sus hijos varones.

Unos y otros acaban por ser padres que no tienen nada que ofrecer a sus hijos y que acaso han perdido su dignidad de hombres al presentarse como seres cuyos ejes biográficos son incompletos y ofrecen una *masculinidad desvertebrada*. Con este modo de proceder se multiplica y extiende un modelo sólo útil para el *desamparo filial*, pues ninguno de ellos logra acertar en la transmisión de la imagen positiva que de la virilidad esperan y precisan sus hijos. El padre que no siembra, ni planta, ni riega, es inútil que espere luego encontrar un báculo para su vejez. Los padres que faltan de casa generan hijos faltos de padre (Corneau, 1989).

Ante el padre ausente, es lógico que los hijos opten por la búsqueda de un sustituto, de una figura con que poder sustituirles. Surge así la *imagen vicaria de la paternidad*. La presencia vicaria de la paternidad se encuentra hoy en los estadios y en las aulas universitarias. Es allí donde, vergonzantes y como a hurtadillas, acuden los hijos apátridas en busca de una identidad todavía no consolidada (la que acaso le ofrece el comportamiento de ciertos profesores, el entrenador o determinado deportista, sin que sean muy conscientes de ello). Emergen así los *padres*

sustitutos, héroes varoniles provisionales que no les dieron su sangre y que apenas sí les ofrecerán un ambiguo apoyo transitorio. En otros casos, una imagen vicaria de la paternidad pueden encontrarla los hijos en sus respectivas madres, a las que se apegarán y utilizarán como un bálsamo, siempre circunstancial, para aliviar las dolorosas heridas de identidad tan difíciles de cicatrizar.

Son numerosas las características que configuran el perfil psicológico de los *hijos apátridas* como consecuencia de la ausencia del padre. También en la literatura reciente se han introducido numerosos términos para designarles, términos que, con mejor o peor fortuna, vienen a acentuar una de esas peculiaridades. Este es el caso de calificativos, entre otros, como *lovely boy* (Bly, 1992), *puer aeternus* (von Franz, 1991) o *flying boy* (Lee, 1989).

Son hijos que experimentan una orfandad, mitad fingida mitad real, y un abandono sin precedentes, como consecuencia del padre ausente con el que a veces conviven. En muchos de ellos hay miedo y desprecio al padre simulador y fingido que han conocido.

Seducidos por la madre e incapaces de escapar del anidamiento materno, se manifiestan como hijos inacabados y dolientes, en los que suele hacer presa un prolongado, si es que no perpetuo, resentimiento. Hambrientos de autoridad y sedientos de la seguridad que el padre debería haberles proporcionado, se perciben como hijos que no han sido completados en su desarrollo personal.

Sentirse excluido del mundo del padre; experimentar que apenas se le dedica tiempo; percibirse como un extraño ante la persona de quien se procede y a la que tal vez se desea admirar sin que se encuentre nada que sea digno de ello, condiciona en los hijos la aparición de la inseguridad. De aquí su temor a dialogar con el padre, y no digamos al *monólogo* que entre ellos se establece cuando el padre convoca al hijo "porque tenemos que hablar", para luego sólo hablar él y siempre de los mismos temas (trabajo, comportamiento en casa y en el colegio, errores que comete, etc.).

Concurren aquí especiales dificultades como para que pueda establecerse la *comunicación padre-hijo*, porque en circunstancias como éstas resulta imposible su participación en un verdadero diálogo. En efecto, en un diálogo se deja más espacio a la improvisación, consecuencia de la confianza recíproca, y al desarrollo y sustitución natural de unos temas por otros, en torno a los cuales los interlocutores matizan, modelan y codirigen la conversación. De otra parte, el contenido de un diálogo cualquiera es mucho más flexible, constituyendo un apretado haz de temas entreverados, a cuyo través padres e hijos se encuentran, trabajan, divierten, aprenden, conviven y coexisten. Un diálogo es una conversación abierta en la que las diferencias y discrepancias de los interlo-

cutores tienen igual o más aceptación que los acuerdos y coincidencias. En el diálogo, cada uno advierte y descubre cómo se respetan sus propias opiniones y decisiones, además de sentirse respetado como persona. Y eso independientemente de que a lo ancho del diálogo también se le pueda exigir o incluso corregir. En una palabra, como consecuencia del diálogo, cada una de las personas que en él intervienen –no importa cuál sea su edad y circunstancia– queda afirmada en su propio valer.

El diálogo sirve también para resolver ciertas dificultades propias de la edad y la inexperiencia, como las dudas y temores, los déficit en autoestima, la inhibición, los autoconceptos negativos, la incompreensión de sí mismo y del mundo, la intolerancia de las pequeñas o grandes frustraciones, los errores derivados del propio conocimiento personal, la crisis de valores, las primeras dificultades en las amistades y en las relaciones con las chicas, la experiencia del fracaso, el temor a hacer el ridículo, la incapacidad para practicar ciertos deportes, etc. La mayoría de estos temas son desatendidos o ignorados por el padre ausente. La ausencia de comunicación padre-hijo sitúa a este último en una *deprivación cognitiva* de fatales consecuencias.

Esta lejanía y distanciamiento cognoscitivo les incapacita para ser testigos presenciales y participantes de los esfuerzos y trabajos que el padre realiza. Ignoran por completo, las más de las veces, el trabajo al que el padre se dedica. Y esa ignorancia supone una renuncia absoluta a abrirse a nuevos aprendizajes. Nada saben, por ejemplo, de los esfuerzos que conlleva la realización de un trabajo, como tampoco de las motivaciones que lo sostienen y de su alcance perfecto para la persona. Las enseñanzas que de aquí podrían obtener han sido sustituidas por el aburrimiento personal y un cierto recelo, si es que no la sospecha, ante lo que aventuran pueden ser las ocupaciones del padre.

Por eso los hijos apátridas se perciben como *personas inacabadas*, jóvenes *desfinalizados*, autoconfigurados apenas como permanentes *hombres-adolescentes* que son incapaces de tomar decisiones o adquirir cualquier clase de compromiso –por miedo a la libertad que nunca vieron encarnada y/o comprometida en los propios padres– y, en consecuencia, siempre prontos a evitar todo lo que les suponga realizar un modesto esfuerzo, por pequeño que éste sea.

Heridos en su identidad personal, nunca lograron satisfacer el anhelo de encontrarla, una necesidad ésta que por estar naturalmente inscrita en su ser resulta irrenunciable, acusándose siempre de una u otra forma tal deprivación. En efecto, el hijo apátrida adolece del marco referencial que cada niño necesita para tomar contacto con los valores, y a partir de esa orientación, desarrollar un determinado proyecto biográfico.

Desde la perspectiva afectiva, son hijos faltos de afecto y con una muy deficitaria autoestima personal (consideran que valen mucho menos de lo que realmente valen), lo que les conduce, en el mejor de los casos, a empobrecer su nivel de aspiraciones o a percibirse como alguien “que no sirve para nada”.

La *deprivación afectiva* comporta una seria amenaza respecto de la educación amorosa. Y ello no tanto porque la mayoría de los padres, en la educación familiar, no atiendan explícitamente a éste importante sector de la formación de la personalidad, sino más bien porque no han podido presenciar –como cualquier hijo en una familia normalmente constituida– los modelos de comportamiento afectivo de sus respectivos padres, modelos que tan eficaces son para el aprendizaje de estos comportamientos a través del aprendizaje observacional o vicario (Bandura y Walters, 1963) y la imitación, interiorización e identificación con esas necesarias pautas comportamentales. En consecuencia con ello, sus habilidades sociales, su capacidad afectiva y la posibilidad de desarrollar en el futuro un cierto talante asertivo, quedan definitivamente truncadas.

De aquí a la *deprivación social*, entendida ésta como una cierta imposibilidad para llevar a cabo el desarrollo personal a través de los necesarios procesos de socialización, apenas si hay un paso.

Desde la perspectiva de la *psicopatología*, la ausencia del padre, según numerosos investigadores (Ellwood, 1988; Galston y Kamarck, 1993), lleva consigo, además de la pobreza, otras muchas consecuencias, como el aumento de las tasas de suicidio juvenil (la tercera causa principal de muerte entre adolescentes en Estados Unidos, hasta el punto de que el 5% de ellos cada año lo intenta alguna vez, según el National Center for Health Statistics), de enfermedades mentales, de la violencia y el consumo de drogas (según *The National Journal*, la población actual de adictos a la cocaína y al *crack* es de 2,5 millones y permanece estable).

A las ya referidas, añade Bronfenbrenner (1993) las siguientes: trastornos de conducta y de aprendizaje; hiperactividad; déficit de atención; dificultades para diferir las gratificaciones; fracaso escolar; así como la aparición del *teenage syndrome*, una secuencia de comportamientos encadenados consistente en el consumo de tabaco y alcohol, tempranas y frecuentes experiencias sexuales y, en algunos casos, actos criminales de vandalismo y violencia indiscriminada (cfr. «Federal Bureau of Investigation», 1991; Perkins, 1992). A ello hay que añadir los trastornos psicopatológicos relativos a la identidad de género, cuyas consecuencias comienzan a manifestarse, en ocasiones, antes de la pubertad, remitiendo unas veces y agravándose y derivando otras hacia la homosexuali-

dad y otros trastornos del comportamiento sexual del varón (cfr. Polaino-Lorente, 1992).

Es probable que la total ausencia de la figura paterna condicione en mayor o menor grado la aparición y/o el aumento de *otros comportamientos desajustados*. Este es el caso, por ejemplo, del millón anual de embarazadas adolescentes (una de cada diez adolescentes en 1990, en las que la mitad de esos embarazos finalizan en aborto); de los tres millones de adolescentes que en la actualidad transmiten enfermedades sexuales (cfr. Besharov y Gardiner, 1993); del aumento de hijos ilegítimos (en las tres últimas décadas se ha incrementado en un 400%. El 21% y el 65,2% de los niños blancos y negros que cada año nacen en Estados Unidos, proceden de madres solteras); y de los casi tres millones de casos de abuso infantil comunicados en 1991 (Yoest, 1991).

El tiempo medio de *exposición diaria a la televisión*, de acuerdo con los investigadores (Medved, 1992; Mellman y Lazarus, 1991), ha sido de siete horas cuatro minutos en 1992, estimándose que cada joven menor de 18 años ha presenciado por término medio alrededor de 15.000 muertes en la pantalla, y eso a pesar de que el 56% de la población adulta opine que la televisión influye más en los valores juveniles –y a través de éstos en su comportamiento– que los padres, profesores y líderes religiosos, conjuntamente considerados.

En síntesis, que según los datos suministrados por Bennett (1993), durante las tres últimas décadas se han incrementado en Estados Unidos los crímenes violentos (en un 560%) y los nacimientos ilegítimos (en el 400%), mientras se ha cuadruplicado la tasa de divorcios, triplicado el número de niños que viven con sólo la madre, e incrementado el suicidio de los adolescentes (200%).

Es cierto que el así denominado *niño difícil* es apenas un rótulo del que se sirven algunos padres para calificar en sus hijos ciertas conductas relativamente desadaptadas. En realidad, si hacemos caso a las madres, es muy difícil encontrar un hijo que no sea “difícil”. A veces, esto se formula haciendo una apelación a la edad («está ahora en una edad difícil», dicen), pero ¿hay alguna edad en que no sea difícil la educación de los hijos?

En otras ocasiones, el niño difícil –aunque este término no designe ninguna categoría psicopatológica de las hoy admitidas– se caracteriza por ser un hijo nervioso, obstinado, reivindicativo, al que le gusta llamar la atención, hostil, irritable, cruel, que manifiesta numerosos trastornos psicósomáticos (vómitos, diarreas, cefaleas, etc.) y psicopatológicos (insomnio, ansiedad, intolerancia a la frustración, baja autoestima, inseguridad, etc.). No es infrecuente que responda mal cuando se le corrige o lleva la contraria. Cuando se le exige, es frecuente que responda

con crisis explosivas y desproporcionadas –especialmente dirigidas contra la madre– que resultan amenazantes para la convivencia familiar y que en ningún caso debieran permitirse. El desarrollo de estos niños puede alterarse profundamente y prolongarse, cuando adultos, en auténticas enfermedades psiquiátricas (Torello, 1991).

En los niños apátridas es también frecuente la neurosis del *puer aeternus* (von Franz, 1991), la neurosis del “eterno niño” que ni crece ni quiere crecer y que, si no cambia, se habrá transformado más allá de la pubertad en un completo insatisfecho. Este cuadro tiene muchas veces su origen en la educación, es decir, en la mala educación que han recibido, como consecuencia de la ausencia del padre o del permisivismo en que éste les ha educado. Son niños a los que se les ha consentido casi todo, deteniéndose su crecimiento en esa etapa en que arrecia el egocentrismo, el llamar la atención y la dependencia, principalmente de la madre en este caso.

En consecuencia con ello, no logran adquirir ciertas habilidades que son necesarias para la autonomía y poder conducirse en el mundo con libertad y responsabilidad personal. En cierto modo, estos niños, comportándose de esta forma manifiestan la misma conducta que sus padres, quienes bajo otros aspectos también se han refugiado en el egotismo insolidario. Puede afirmarse que el niño aprende e imita el egoísmo de su padre, que luego refleja como a través de un espejo. Más tarde estallará el duelo, tanto tiempo aplazado, entre ambos egoísmos: el del padre y el del hijo.

Los padres de estos niños, cuando estalla el conflicto, pierden la calma y transforman su permisividad en tiranía, su tolerancia en agresividad y su indiferencia en férreo y rígido voluntarismo, justamente cuando su hijo más necesita de una serena dirección, a cuya sombra poder forjar el carácter.

Aunque sería un despropósito atribuir las anteriores consecuencias a sólo la ausencia del padre, no obstante, ha de admitirse que en un cierto sentido muchas de ellas se habrían evitado si el padre no se ausentara –física y psicológicamente– de su familia o si, al menos, no se desentendiera tanto de sus responsabilidades como educador.

¿Qué entendemos por educación?

La educación no consiste en introducir sistemáticamente información en los hijos hasta que aprendan cosas. Educar tiene que ver más con el verbo *educere*, que significa educir, hacer que se manifiesten las cosas positivas que en estado latente tienen los hijos. Por eso, en lugar

de restregarles tanto las cosas que se tienen que meter en la cabeza o marcarles tanto cuáles son sus defectos para que los corrijan, lo que hay que hacer es tirar de ellos hacia arriba, animarles a que hagan crecer los valores positivos que también tienen. ¡En esto no hay límites!

Si una persona se dedicara las 24 horas de cada día desde que nace a hacer crecer sus valores, ¿creen ustedes que tendría tantas conductas negativas, que serían tantos sus defectos? Con toda certeza, no. Si de lo único que nos ocupamos es de señalarles sus defectos, lo lógico es que estén siempre pensando en ellos y, como no los controlan del todo, tendrán una autoestima negativa, mientras que no crecen los valores positivos que también tienen.

Para educar de otra forma a los hijos hay que conocerlos mejor, aprender a estimularlos más; no exigirles sólo, sino animarles, decirles: "tú, puedes". No hay que andar siempre con él "lo que tú tienes que hacer" en los labios, sino más bien decirle que él puede, conmigo puedes, los dos juntos podremos. ¡Venga, campeón! Para arriba. Y eso es educar a los hijos. Y para eso hay que convivir con ellos día a día, comunicarse, compartir ocios y trabajos. Y si esto lo hacen bien —que lo harán—, no se preocupen, que en su contexto empresarial también se notará, porque entrenados con la lucha y educación de los hijos se sentirán mucho más motivados para sacar adelante su propio trabajo, tendrán una experiencia mayor y más realista de lo que cuesta sacar las cosas adelante, y acabarán transfiriendo sus habilidades como educadores de sus hijos respectivos al ámbito profesional, y aquello funcionará. Si, por el contrario, no perciben en sus hijos nada más que lo negativo y de forma escotomizada, cuando lleguen a la empresa sólo verán también lo negativo, y sus proyectos para el cambio y la optimización de los recursos humanos no serán realistas sino utópicos.

Quisiera acabar aquí afirmando que la vida de familia y la vida empresarial han de converger en el único fin, que es ser felices. Para eso hay que tratar de vivir en plenitud, realizar nuestras vidas de una forma cumplida, acabada, finalizada. A eso aspira todo ser humano: a la plenitud personal y familiar. En palabras de San Alberto Magno, hay tres diferentes posibilidades de plenitud: la del vaso, que retiene y no da; la del canal, que da y no retiene; y la de la fuente, que crea, retiene y da. En lo que atañe a la paternidad, la plenitud apropiada es la fontal. El padre tiene que ser fuente, autor, responsable, el que está en el origen, el presupuesto previo del futuro despliegue humano y biográfico de la vida de sus hijos.

El padre debe ser fuente que *crea*: de ahí la necesidad de apelar a la imaginación y con ilusión pensar las cosas con la misma o mayor dedicación que cuando trabaja en su empresa.

El padre debe ser fuente que *retiene*, porque él mismo realiza en sí los valores que van a servir como modelo a imitar por sus hijos, suscitando en ellos, en la mayor parte de los casos, la admiración. Encarnar en sí mismo los valores en los que educa a sus hijos configura un tipo de enseñanza (por imitación) que, siendo natural, resulta muy apropiada y da lugar a eficaces aprendizajes. El padre tiene que retener valores y encarnarlos en sí mismo, porque eso es lo que hace de él una persona valiosa a los ojos de sus hijos. Este modo de proceder es también transferible al mundo de la empresa.

Y, por último, el padre tiene que *dar y darse* a sí mismo como la fuente. Sin dedicación, sin tiempo, sin convivir con los hijos, el padre es como la fuente que se ha secado. En esas circunstancias, es lógico que las flores se agosten en la tierra calcinada y que se apague la voz cantarina y melodiosa del manantial. El padre tiene que crear, tiene que retener y tiene que dar. Eso solamente lo hace una fuente. Y esa fuente —ayer, hoy y siempre—, se llamará paternidad.

Bibliografía

- Bandura A., y Walters, R. H. (1963), «Social learning and personality development», Holt, Londres; trad. al castellano en Alianza Editorial, Madrid.
- Barling, J. y Van Bart, A. (1984). «Mothers' subjective employment experiences and the behaviour of their nursery school children». *Journal of Occupational Psychology*, 57, pp. 49-56.
- Bennett, W. J. (1993), «The Index of Leading Cultural Indicators». (A Joint Publication of Empower America, The Heritage Foundation, Free Congress Foundation, March, vol. I.).
- Besharov, D. y Gardiner, K. (1993). «Teen Sex». *The American Enterprise*, enero-febrero.
- Bly, R. (1992). «Iron John». Addison-Wesley Publishing Co.; traducción al castellano en Plaza y Janés, Barcelona.

- Bronfenbrenner, U. (1993), «Discovering What Families Can Do», en Blankenhorn, D., Bayme, S. y Bethke Elshtain, J. (eds.), «Rebuilding the Nest: A New Commitment to the American Family», Family Service Agend, Milwaukee.
- Corneau, G. (1989), «Pere manquant, fils manqué», Les éditions de l'homme, Québec.
- Ellwood, D. T. (1988), «Poor Support: Poverty in the American Family», Basic Books, Nueva York.
- Etzion, D. (1988), «The Experience of Burnout and Work/Non-Work Success in Male and Female Engineers: A Matched-Pairs Comparison», *Human Resource Management*, 27, 2, pp. 163-179.
- Federal Bureau Of Investigation (1991), «Crime in the U. S. 1991: Juveniles and Violence 1965-1990».
- Galston, W. y Kamarck, E. (1993), «A progressive Family Policy for the 1990s, Mandate for Change», Berkeley Books.
- Lee, J. (1989), «The Flying Boy», Norton, Florida.
- Medved, M. (1992), «Hollywood vs. America: Popular Culture and the War on Values», Harper Collins, Nueva York.
- Mellman y Lazarus (1991), «Mass Mutual American Family Values, 1991, American Family Values Study: A Return to Family Values».
- National Center For Health Statistics (1991), «Rethinking Drugs», *The National Journal*, 2 de febrero.
- Perkins, J. (1992), «The Young and the Violent», *The Washington Times*, 11 de septiembre.
- Polaino-Lorente, A. (1992), «Sexo y cultura. Análisis del comportamiento sexual», Rialp, Madrid.
- Polaino-Lorente, A. (1993), «La ausencia del padre y los hijos apátridas en la sociedad actual», *Revista Española de Pedagogía*, 196, pp. 427-461.
- Torello, J. B. (1991), «Il ruolo del padre nella famiglia d'oggi», *Studi Cattolici*, pp. 580-587.
- Von Franz, M. L. (1991), «Puer aeternus», Sigo Press, Boston.
- Wethington, E., McLeod, J. D. y Kessler, R. (1987), «The importance of live events for explaining sex differences in psychological distress», en Barnett, L., Biener, y Baruch, G. K. (Eds.), «Gender and stress», The Free Press, Nueva York.
- Yost, CH., ed. (1991), «Free to Be Family: Helping Mothers and Fathers Meet the Needs of the Next Generation of American Children», Family Research Council.